

“Hacer robusta una posibilidad imaginativa”: Literatura, humanidades y vida pública.

Recensión del libro :*The Humanities and Public Life*,

Brooks, Peter y Jewett, Hilary. New York: 2014.

M. Jimena Sáenz*

Las Humanidades y la Vida Pública, editado por Peter Brooks y Hilary Jewett, es un libro inusual que reúne una serie de ensayos de distintos autores dedicados a pensar la pregunta por el rol de las humanidades en la vida pública. Como compilación de trabajos diversos, mantiene su unidad no a través de la presentación monolítica del rol que podrían y deberían tener las disciplinas humanísticas en la esfera pública, sino en el compromiso y el involucramiento genuino de distintos personajes representativos del mundo literario, de la psicología, la filosofía, el derecho y las ciencias sociales interpretativas por hilvanar un pensamiento y un diálogo desprejuiciado sobre la pregunta (tanto intentando una respuesta como deshaciendo y reformulándola).¹ En este sentido, la forma misma del libro que registra un diálogo abierto y receptivo, es índice del valor de las humanidades y marca la diferencia que pueden trazar en la construcción de la vida pública.

El libro es producto indirecto de un seminario organizado por el crítico literario Peter Brooks en torno a la “ética de la lectura y las culturas profesionales” (2009-2012) que continuaba, en algún punto, sus preocupaciones por pensar la relación más estrecha entre el derecho y la literatura.² Durante los primeros años del milenio, ese proyecto

* Becaria doctoral, UBA-CONICET-ICJ. Email: mjimenasaenz@hotmail.com

¹ Los participantes incluyen al editor, el crítico literario Peter Brooks, a los filósofos K. A. Appiah y Charles Larmore, los críticos literarios vinculados a la deconstrucción Derek Attridge y Jonathan Culler, Judith Butler, los profesores de derecho Paul Kahn y Patricia Williams, al profesor de pensamiento social y psicología Jonathan Lear y Michael Roth, figuras de las ciencias sociales interpretativas como Didier Fassin y Kim Lane Scheppele, o Richard Sennet, la profesora de literatura y estética Elaine Scarry, William Germano y Ralph Hexter en calidad de voces del mundo editorial y la administración universitaria.

² En 1998, Peter Brooks junto a Paul Gewirtz editaron *Law's Stories* (New Haven: Yale University Press), uno de los libros fundacionales de la línea “derecho y narración” dentro del movimiento “derecho y literatura”. En 2008, junto al profesor de derecho Robert Post, coordinó el curso “Interpretando el derecho y la literatura” en la escuela de derecho de Yale, previo a su pase a Princeton donde tuvieron lugar los seminarios dedicados a pensar los contornos de la “ética de la lectura” que aportarían las humanidades a las culturas profesionales y la vida pública.

intelectual interesado en cruzar a las humanidades y las culturas profesionales se vio ampliado y fortalecido en el contexto de la precarización de las estructuras institucionales de las humanidades y, a la par, por el escándalo que produjo el episodio de los “Memos de tortura” en Estados Unidos post 11 de Septiembre, la lectura jurídica de un grupo de abogados de elite sobre los márgenes de lo que constituía y, sobre todo, lo que no constituía tortura y estaba entonces “legalmente justificado”.

En ese marco, el simposio que da origen al libro se pregunta si el tipo de lectura propia de las humanidades aporta o puede aportar algo a la vida pública, en qué consiste esa lectura y ese aporte, si produce o representa una ética, y si esa ética debería habitar el mundo profesional y la vida pública. Estas preguntas se tensionan con otra que las enmarca: “¿cómo defender a las humanidades sin involucrarse con el vocabulario de la instrumentalización y la homogeneización que es, precisamente, el que las rechaza?”(p. 4).³

La serie de respuestas, definiciones, precisiones y discusiones se organizan en el libro en torno a tres ejes precedidos por la reproducción de la conferencia inaugural de Judith Butler y finalizan con una sesión de comentarios finales. Los ejes--i) ética de la lectura; ii) ética de la lectura y las profesiones; y iii) humanidades y derechos humanos--conservan el tono conversacional y exploratorio del simposio: cada uno presenta dos breves ensayos a cargo de autores diferentes que son seguidas por dos o tres “respuestas” y una sesión de preguntas y discusión general. La aparición de la ética y los derechos humanos en cada una de las partes-sesiones del libro también señala un replanteamiento y una redirección de las formas de crítica de las humanidades, una necesidad planteada a veces de manera explícita otras implícitamente, de desplazar o flexibilizar los “modos de la sospecha” con formas de crítica más afirmativas,⁴ de sosegar la omnipotencia de la teoría a favor de modos más receptivos y abiertos hacia

³ La traducción del inglés original, en esta y las demás referencias textuales que entrecorrimos, me pertenece.

⁴ La “hermenéutica de la sospecha” es el nombre que le dio Ricoeur a un tipo de actitud crítica dedicada a desmistificación, a “desenmascarar (...) las falsedades e ilusiones de la conciencia” (*Freud and Philosophy: An Essay on Interpretation*. New Haven: Yale UP, 1970:356). La simplificación de este paradigma y sobre todo, su voluntad de dominio y exclusión de otras posibilidades de pensamiento es lo que se pone en cuestión en este volumen bajo reseña.

textos y prácticas,⁵ y otra que intenta trenzar de maneras más complejas la ética y la política, evitando que ninguna termine diluyéndose en la otra.⁶

Siguiendo la estructura que propone el libro, más orientada a la exploración y la apertura hacia las preguntas que a generar una respuesta certera y un argumento o línea de argumentación fuerte que evite fisuras, esta reseña cubre dos ejes interrelacionados que presenta el libro –uno vinculado a la ética de las humanidades, otro a lo que pueden aportar para pensar los derechos humanos—destacando los replanteos de las formas de la crítica dominantes en las humanidades. Finalmente, se esbozan algunos puntos ciegos y ausencias que podrían contribuir a la discusión que se propone en torno a nociones de “uso” extendido de la literatura y las humanidades que no caigan en la instrumentalidad unilineal, que permitan incluir aspectos valiosos de la experiencia estética de formas respetuosas, no dirigidas sino dialógicas, y que recupere una relación más cercana –o contribuya a cerrar la brecha-- entre lecturas profesionalizadas --cegadas en algunos casos por la teoría-- y la experiencia de lectura ordinaria, la relación que todos

⁵ Una de las frases más repetidas y afirmadas a lo largo del libro es la “lectura cercana”. Asociada a figuras controvertidas como F.R. Leavis y los *scrutineers*, luego a modos de lectura cerrados a factores contextuales, históricos y sociales de la “nueva crítica”, aquí se reivindica como un modo de cercanía, de lectura que antepone el asombro al juicio crítico, conjuga afectividad y racionalidad, y ciertos modos de pasividad en relación al vigor crítico que impone un marco de lectura antes de tiempo. Desde la voz de las ciencias sociales interpretativas, esta forma de la cercanía, que en un punto caracteriza el acercamiento de lectores a los textos literarios y es generado por ellos, es reivindicada como una forma de respeto hacia los “actores” y hacia las “prácticas”: “cuando criticamos como individualista la aproximación de los derechos humanos y la compasión humanitaria, probablemente seamos negligentes con el hecho de que los agentes involucrados en estos campos son usualmente ellos mismos reflexivos sobre estas cuestiones (...) son usualmente menos naïve y más ‘políticos’ de lo que usualmente pensamos” (intervención de Didier Fassin, p. 141).

⁶ Lo que se ha llamado “giro ético” en los estudios literarios y humanísticos intenta capturar un movimiento fechado a fines de la década del noventa (aunque con antecedentes aislados previos) que incluye, de modos diversos y heterogéneos, la preocupación por la ética en un panorama que, de manera general, tendía a diluirla en la “ideología” y convertirla en su “vehículo (...) que legitima estructuras concretas de poder y dominación” (Parker, David. *Ethics, Theory, and the Novel*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995:30). Otros rasgos del panorama dominante en los estudios humanísticos que entran en tensión con la posibilidad de pensar la ética en los estudios literarios (y con ella a los derechos humanos) están ligados a una lectura de algunos pensadores posestructuralistas que, en reacción a la “barbarie” detrás del humanismo tradicional, descartaron al “humano” *tout court*. Dos voces piden una relectura integral de dos pensadores centrales del postestructuralismo en el volumen: Derrida y Foucault. El foucaultiano en el simposio que da origen al libro, Didier Fassin, señala las tensiones y la necesidad de una relectura del “Foucault tardío” (y los modos en que se integra con el resto de su obra) que “había firmado, entre otras cosas, una petición de Médicos sin Fronteras pidiendo una intervención humanitaria”. Alerta también la “sobresimplificación de lo que significa la crítica” en el Foucault lector de Kant, y sobre “la importación literal de conceptos como biopolítica y *bare life*, que son aplicadas mecánicamente para interpretar el mundo social, sin tener en cuenta su compleja textura que las termina volviendo antiheurísticas” (pp.132 y 140). Algo similar ocurre en el contrapunto entre los derridianos Derek Attridge y Jonathan Culler.

mantenemos con los textos literarios y que ellos mismos piden, así como en su correlato social, entre la omnipotencia de la teoría y las prácticas de los actores.

Ética, lectura, literatura.

Tanto la introducción de Peter Brooks como las primeras dos partes o sesiones del libro, se ocupan de explorar la “ética literaria”, la posibilidad de una ética de la lectura que proponen las humanidades, o de manera más general si hay una relación entre la ética y las humanidades.

En el marco de una discusión sobre el lugar y el significado particular de la “ética” en las humanidades, un marco que resulta más fácil depurar por la negativa --no se trata de una ética como código fijo de reglas y principios pautado de antemano y dispuesto a atajar y neutralizar la complejidad de la vida (y de la literatura) y a suspender las sorpresas; no se trata de un “producto” directo de la lectura, sino del valor de una “práctica” de lectura atenta, cercana, que involucra alternancias de pasividad y actividad, de intelecto y afectividad; no se trata de “metafísica” sino de valores y acuerdos humanos, más o menos modestos, más o menos flexibles; no se dirige a la pregunta “qué debemos hacer, que no es el tipo de pregunta con la que nos sentimos cómodos” (Fassin, p.140) sino la apertura de un registro de la posibilidad, y la expansión perceptiva de lo que está en juego—las presentaciones que se ofrecen a la discusión incluyen por un lado las de Elaine Scarry y Charles Larmore, con respuestas de A. Appiah y los deconstructivistas J. Culler y D. Attridge. Por otro lado, en relación con el posible aporte de las humanidades a las culturas profesionales, los trabajos de la profesora de derecho Patricia Williams y el relato de la experiencia en una posición de liderazgo universitario de Ralph Hexter.

El trabajo de Scarry se ocupa de los efectos —aún indirectos—de la lectura literaria, como una de las dimensiones de la preocupación ética en la literatura.⁷ “¿Cuál es el poder ético de la literatura? ¿Puede disminuir los actos de violencia? Si pudiera, ¿qué aspectos de la literatura merecen atención?” (p.41). Con esas preguntas abre una

⁷ Sobre el poder ético de la literatura en relación a sus efectos, Gibson había planteado en la introducción a *Posmodernity, Ethics, and the Novel. From Leavis to Levinas*, de manera provocadora, que “es tiempo de volver a Leavis” aunque sólo sea para repensar los “efectos” que las novelas “tienen en sus lectores”, y planteó que “las novelas hacen un trabajo ético, o pueden hacerlo, y es un trabajo que vale la pena intentar que pueda tener lugar”(London: Routledge, 1999:1-2).

reflexión que, apoyándose en investigaciones históricas de Lynn Hunt⁸ y Steven Pinker,⁹ responde a las primeras dos preguntas que, aún de maneras que excluyen la causación directa y son más “glaciares”, la lectura literaria contribuyó a un proyecto ético de disminución de la violencia y amplió los círculos de interés empático entre las personas.

Tanto Hunt como Pinker se centran en la novela y señalan como aspecto central a la empatía: “la capacidad de entrar imaginativamente en la vida de otro, incluyendo a los que no tienen poder social, las mujeres, los niños, los siervos” (p.42). Scarry propone ampliar ese proyecto incluyendo a la poesía, y, al lado de la empatía – “fundamental para la literatura, y por eso fuertemente celebrada así como cuestionada” (p. 42)--, otros dos “atributos literarios” olvidados por la crítica contemporánea: la capacidad deliberativa de la poesía y la belleza.

Scarry liga la empatía a la capacidad deliberativa de la poesía que rastrea desde los cantos de las musas en los poemas épicos y el agón griego, pero también en los himnos, las églogas (derivada del griego “*eklegein*, acto de elegir”), poemas medievales “que incluían debates en varios lenguajes”, y sus paralelos en las tradiciones orientales que también resaltan la “inseparabilidad entre poesía y pensamiento disputacional”. Así como Hunt y Pinker señalaban relaciones entre la novela y las reformas humanitarias de los siglos xvii y xviii, Scarry vincula la poesía y la creación de “instituciones de disputa” en los siglos xii y xiii: el crecimiento de “géneros disputacionales” coincide en ese período con el surgimiento de tres instituciones, las universidades, las cortes y los parlamentos. Tanto la empatía como la disputa tienen en común “el reconocimiento de diferentes puntos de vista y ofrecen la oportunidad de ampliar y profundizar ese reconocimiento”.

En relación a la belleza, Scarry reitera sumariamente los argumentos de *On Beauty and Being Just* (Princeton: Princeton University Press, 1999) en donde señalaba el olvido de la belleza en el pensamiento estético contemporáneo e intenta repensarla en relación a la justicia. La belleza para Scarry incluye la “simetría”, que anticipa atributos de la justicia más difíciles de lograr (“la simetría domina el pensamiento sobre la

⁸*The Invention of Human Rights: A History*. New York: Norton, 2007.

⁹*The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*. New York: Viking-Penguin, 2011.

justicia de Platón a Rawls”).¹⁰ Por otro lado, la belleza “interrumpe”, Iris Murdoch hablaba de un “deshacernos” frente a la belleza y Simone Weil lo llamaba “descentramiento radical”. Scarry llama la atención sobre la capacidad de la belleza de generar un “agudo placer” a la vez que “nos pone al margen”. Por último, la belleza tiene un efecto adicional: genera el deseo de crear, el reconocimiento de la capacidad creativa que es otro prerrequisito del trabajo de la justicia: “la justicia es un artefacto creado y requiere un arduo trabajo que la belleza incentiva”.

El segundo ensayo sobre la “ética de la lectura” está firmado por Charles Larmore y se centra en aspectos más intrínsecos del acto de lectura, expandiendo algunos de los puntos de Scarry –quizás aquel vinculado a la relación con la belleza como “interrupción” o “modo de deshacernos” o de “descentramiento” que pueden vincularse a la vulnerabilidad que plantea Larmore—pero en general desplazando su punto de vista más externo.

El autor comienza con la “oscuridad” que involucra la “ética” de la lectura: aunque popular desde el pionero libro de Hillis Miller,¹¹ no está clara la significancia ética de la lectura, pero en algún punto nos dirige hacia la relación que como lectores mantenemos con lo que leemos. Esta relación tiene la particularidad de ser “asimétrica” –leemos un texto, pero éste sólo “en sentido metafórico” puede leernos—e “indirecta”, la relación de lectura sólo es ética para Larmore en tanto reponga al “autor” desplazado por los críticos literarios, no como autoridad final, sino como contrapunto indirecto de la lectura, y foco de la responsabilidad de la tarea de leer. El autor para Larmore no es un punto fuerte y autoritativo, sino uno de extrema vulnerabilidad: “Escribir es volverse especialmente vulnerable a otros”, la ética de lectura se juega en cómo responder de manera responsable hacia esa vulnerabilidad.

Las respuestas a ambos ensayos están a cargo de Appiah, Culler y Attridge. Los tres discuten los puntos de Scarry y Larmore –o la empresa misma de pensar la ética humanística y literaria, en el caso de Culler—y los enmarcan en un territorio más

¹⁰ Esta vinculación de la belleza y su “simetría” con la justicia será uno de los puntos de discusión en diferentes exploraciones sobre el tema que ligarán la belleza y la estética a lo “asimétrico”, un señalamiento del “residuo” que deja siempre la justicia pensada como simetría (Dimock, W.C. *Residues of Justice. Literature, Law, Philosophy*. Berkeley: California University Press, 1996) o al “disenso” en el reciente trabajo de Mark Canuel *Justice, Dissent, and the Sublime*. Baltimore: John Hopkins University Press, 2012.

¹¹ *The Ethics of Reading*, New York: Columbia University Press, 1989.

amplio de disputas. Appiah cuestiona el foco de la responsabilidad de la lectura que Larmore sitúa en el autor, y lo coloca en las convenciones y las comunidades de pertenencia que sostienen y son sostenidas por el compromiso hacia esas convenciones. El interés comunitario de Appiah lo lleva entonces a desplazar al autor hacia las convenciones comunes (lingüísticas y de formas literarias) que el autor utiliza para expresarse. La resistencia a igualar normas éticas más amplias sobre cómo tratar a otros y la posible “ética literaria” lo lleva a marcar una diferencia entre “normas de lectura” y “normas éticas generales”, dejando un terreno en el que la lectura no responde a estas últimas, pero manteniendo, sin embargo, que “hay formas en que la literatura avanza proyectos éticos”. Estas formas pueden leerse subliminalmente vinculadas a los planteos de Scarry, que Appiah reúne en una “ética del reconocimiento” que implica la empatía y la disputa de la autora.

El ensayo de Culler básicamente descrea de toda la empresa. Cuestiona lo que había señalado celebratoriamente Dorothy Hale que unía la preocupación ética en los estudios literarios como una forma de reivindicar a la literatura,¹² y la plantea como una “estrategia de defensa profesional de la crítica literaria que quiere hacer ver su tarea como ética frente a los cuestionamientos de nihilismo”. Reconstruye el campo de la ética literaria en torno a dos extremos. Por un lado, el neohumanismo de Wayne Booth¹³ que impregna la propuesta de Scarry; por otro, la ética deconstructivista que citó Larmore representada por Hillis Miller y Derek Attridge. Culler se sitúa en una línea intermedia. En primer lugar distingue entre la lectura pública, que responde y es responsable sólo ante los lectores; y la lectura privada en la que no hay límite ético: la singularidad de la literatura no radica en su parecido con las personas, sino en que podemos tratarla como no tratamos a las personas, usarla, leerla intencionadamente. En relación a Scarry descarta la posibilidad de un efecto ético directo retomando la repetida crítica del “anticonsecuencialismo” hacia la “crítica ética” de la literatura: no existe una

¹² “Aesthetics and the New Ethics: theorizing the novel in the 21 st. century” en PLMA, vol. 124, n°3 (May 2009) pp.896-905.

¹³ *The Company we Keep: An Ethics of Fiction*. Berkeley: University of California Press, 1988.

relación causal directa entre la lectura y la acción altruista, de hecho varios ejemplos literarios plantean este problema.¹⁴

El ideal de lectura de Culler se desvincula así de la posición ética que implica una respuesta responsable, se aleja de la vulnerabilidad, cierto grado de pasividad y la apertura que se señaló como parte importante de la experiencia estética, y pone en su lugar el consabido modelo del “lector acusador” o fiscal frente al texto.

Derek Attridge coincide matizadamente con la responsabilidad de la lectura y la “vulnerabilidad de la escritura” que presentó Larmore, ligándola a la ética de respuesta hacia el otro de Levinas. Le agrega una redefinición de la obra de arte como “evento” más que como un set de signos que requiere decodificación, que implica más que un significado lingüístico (insinuando un aspecto sensible, emocional, imaginativo además de aspectos cognitivos restringidos a lo intelectual y proposicional) y a la lectura como “experiencia” en vez de “desciframiento”. Intenta distinguirse de Scarry en lo que señala como “propio” y “singular” de la literatura, reemplazando la disputa, la empatía y la belleza por la “escrupulosidad, la apertura y la imaginación” aunque no resulta tan clara la diferencia como la voluntad por diferenciarse.

De la sección que vincula la “ética de la lectura” y las “culturas profesionales” me interesa detenerme en el ensayo de Patricia Williams que plantea un contrapunto con la celebración indiscriminada de la apertura y la imaginación, por un lado, y por otro, la necesidad de distinguir vulnerabilidades. Su ensayo está centrado en una serie de imágenes post catástrofe en Haití, y en el diálogo entre imágenes y texto, así como en el poder de “nominar” de las que desprende una serie de reflexiones sobre el derecho. En primer lugar, Williams destaca los excesos en los que puede caer la imaginación y la personificación, concretamente entre sus ejemplos, “de las corporaciones” y la animación de la “mercancía” que son “nombrados” como personas legales a la par de los seres humanos y llegan a regular relaciones ciudadanas como relaciones de consumo. Por otro lado, si bien destaca la necesidad de repensar en función de la apertura y la vulnerabilidad los esquemas de “derechos como juegos de suma-cero”, enfrentamientos destinados a limitar más que a habilitar relaciones humanas y activar

¹⁴ Culler cita el caso de Françoise en Proust, Scarry luego agregará otros contraejemplos similares en Tolstoi, Pushkin y James, “el caso de quien sale conmovido de la ópera y sigue su camino a la salida impávido frente al vagabundo que se congela en las escalinatas” (p.66).

capacidades, también destaca la vulnerabilidad negativa de los personajes de las fotografías: vulnerabilidades vinculadas al hambre y la desprotección estatal.

Derechos humanos y humanidades.

¿Qué contribución pueden hacer las humanidades y la literatura a las formas de pensar los derechos humanos? La tercera sección del libro se dedica a discutir esta pregunta, a partir de los ensayos de Jonathan Lear y Paul Kahn y las respuestas que proponen Didier Fassin y Kim Lane Scheppele.

Jonathan Lear contrasta la “mirada en tercera persona” de las ciencias sociales,¹⁵ que proporciona un punto de vista válido y provechoso para medir desigualdades y formular recomendaciones de políticas públicas, con la experiencia cercana, “estética”, de las humanidades: “una vulnerabilidad a ser tocado por las palabras de otro, que es un momento, creo, de receptividad estética” (p.110).

El ensayo cuenta el proceso de escritura y post-publicación de un libro que comenzó con el enigma que planteaba una frase de un extraño, el último jefe Crow, luego de que su pueblo fue trasladado a una reserva: “Después de que los búfalos se fueron, los corazones de mi pueblo cayeron al piso y fue imposible levantarlos nuevamente. Después de esto, *nada más pasó*” (p.110). Si la mirada de las ciencias sociales hubiera documentado una historia, un contexto, listado una serie de privaciones y vulneraciones a los derechos humanos de ese pueblo indígena que incluían la pobreza, falta de acceso a la educación, el alcoholismo, las adicciones, “algo también hubiera estado ausente en ese catálogo que genera la ilusión de completitud” (p.113) Ese algo es el sentido profundo de pérdida que parece expresarse en esas palabras y es esa pérdida la que permite que se hagan visibles las privaciones medibles. Ese sentido de pérdida y de fin (“nada más pasó”) es lo que persiguen capturar las humanidades: “quería saber que habría querido decir ese jefe Crow con esas palabras, quería hacer robusta una posibilidad imaginativa”. No se trataba de inventar, porque la tarea de documentación existió, sino que “lo importante era avanzar en robustecer una posibilidad imaginativa, porque nuestras vidas no están hechas sólo de lo que es el caso, sino también de un

¹⁵ El tipo de “ciencias sociales” que tiene en mente Lear es, en parte, el modelo norteamericano, como le recuerda Fassin en su respuesta, en el caso europeo y francés en particular, la distinción entre “humanidades” y “ciencias sociales” no es tan clara.

sentido de posibilidad. Una vez que la posibilidad imaginativa está abierta, hay espacio para transformarla en una necesidad práctica” (p.111). El relato de la post-publicación del libro sobre los Crow incluye una invitación a discutirlo con ellos, una postura “humanística” de no “querer estudiarlos –a los Crow, como a todos, les preocupa cuando no molesta que los estudien--” sino discutir el sentido de unas palabras para los Crow y para el resto de “nosotros”, y una amistad continuada hasta el presente. Lo que Lear dice haber descubierto a través de la mirada humanística develó “que lo que antes creía saber sobre los Crow, sus privaciones, la historia de la violación de sus derechos humanos, era la base una autocomplacencia que no reconocía como tal”, esa es, dice, la “contribución que pueden hacer las humanidades para ayudarnos a apreciar lo que significan las violaciones de derechos humanos”.

El ensayo de Paul Kahn tiene una postura más crítica contra sus colegas de la facultad de derecho “que creen ser científicos sociales, recopilan data, formulan hipótesis, y tienden a la reforma legal” (p.116), reiterando, en algún punto, su planteo de redirigir la academia legal de manera de pasar de ser equivalente a la “teología hacia los estudios sobre la religión”.¹⁶ Sin embargo, la necesidad de una mirada externa, fuera de la “práctica y la creencia religiosa” según su metáfora, se desdibuja un poco cuando precisa cuál es el aporte de las humanidades: “no se trata de ‘pensar sobre algo’ sino de ‘pensar con’, de generar una conversación cuyo objeto no es sólo saber lo que piensa otro (un autor, un interlocutor) sino más allá de ello, crear algo nuevo con ese diálogo (...) aprender algo sobre nosotros mismos (...) las humanidades son una invitación a la autoreflexión” (p. 117 y 120). Las obras literarias crean, según Kahn, la posibilidad de “una conversación sin fin, donde no nos preguntamos si genera algún progreso, sino si aún es interesante para seguir involucrándonos en ella”, donde no se puede “simplemente aplicar una regla, y [donde] la necesidad de previsibilidad se acomoda con la necesidad de hacer lugar a la aparición de algo nuevo, la sorpresa y el asombro”. Esa conversación no termina “sino porque no podemos mantenerla y en ella aprendemos sobre nuestra creatividad infinita y también sobre nuestro ser corporal, la libertad y la finitud”. Ese sentido del asombro ante la creatividad y la finitud es el centro para Kahn de la dignidad humana y del valor igual que inspira cada ser humano, más allá de la empatía universal. Sobre esa idea de asombro debe construirse la dignidad humana que

¹⁶ *El análisis cultural del derecho. Una reconstrucción de los estudios jurídicos*. Barcelona: Gedisa, 2001.

sostiene el proyecto de los derechos humanos, y ese es el valor que encuentra en las humanidades y la lectura literaria: la cultivación de una disposición a anteponer el asombro al juicio certero.

Los dos ensayos plantean una forma de crítica humanística que se aleja de la “sospecha”, que sopesa el valor de la distancia como instancia que aseguraba “neutralidad” o “potencialidad crítica” de maneras casi automáticas, con la cercanía, el involucramiento y cierta instancia de pasividad y “suspensión del juicio” propia de la relación que mantenemos con los textos literarios. Retoman el valor positivo de la vulnerabilidad, y ambos la ligan a una forma de experiencia “estética” y a un aspecto humano de finitud corporal, una apertura no sólo a comprender lo que ya estaba allí, sino y sobre todo en Kahn, a dejar aparecer algo nuevo. Lo que las humanidades aportan a los derechos humanos en esta óptica no es una crítica que decide antes de tiempo nombrarlos como “ideología”, sino una empresa más constructiva que redefine el término “derechos” como la posibilidad de una relación más que una barrera que asegura la fortaleza del individuo y una “humanidad” que combina “el asombro por la creatividad de la que somos capaces y la finitud a la que nos ata nuestro cuerpo”.

Afectos, racionalidad, usos e inutilidad.

A pesar de la reunión de voces disímiles que generan un contrapunto interesante en los momentos más altos del libro editado por Brooks-Jewett y dejan ver el gran panorama de acuerdos y desacuerdos en relación a poner a funcionar a las humanidades en la esfera pública, dos cuestiones permanecen en las sombras o insuficientemente exploradas: el lugar de los afectos y emociones en una esfera pública que enfatiza un carácter excesivamente racional (y una dignidad humana centrada en la razón para definir al titular de los derechos humanos); y por otro lado, la necesidad de rearticular la noción de “uso” y dejar atrás la defensa de la literatura y las humanidades exclusivamente centrada en un rechazo total de la noción y una afirmación de la “inutilidad”.

En relación al descarte apresurado de la noción de “uso” y los atractivos del apego a la “inutilidad” literaria y humanística, tanto la conferencia inaugural de Judith Butler como la introducción de Peter Brooks dan pasos valientes al levantar la barrera protectora de la inutilidad. Butler repasa entre las “defensas de las humanidades” el

argumento de la “inutilidad” como el centro de su valor: en “la negación pura se afirma su crítica a la utilidad, el funcionalismo y la instrumentalidad en general”. Esas defensas, estima--si bien “mi corazón se ve empujado hacia ellas”--, son insuficientes. La insuficiencia aparece también como una limitación crítica: afirmar la inutilidad aísla a las humanidades “de la discusión sobre el valor, sobre la métrica del valor que se impone socialmente”, en la que tendrían sino algo, mucho para decir. El gesto de la pura negación es también, en un punto, esconder la mano, en palabras de Butler: “no alcanza con creer que es obvio es valor de las humanidades, hay que dar razones, razones que muestren qué hizo que ese valor no fuera obvio”.

Por otro lado, la pura negación que resulta atractiva en términos teóricos, no termina de adecuarse a la práctica. Peter Brooks deja de lado el rol de teórico y asume la voz de profesor de literatura cuando dice que aunque “no cre[e] que leer grandes libros nos haga mejores personas” se resiste a creer que lo que enseña “no sirve para nada”. Algo semejante podría agregarse en relación a los lectores, a los que la pregunta sobre por qué leer --sea cual sea la respuesta, me refiero a la fuerza de la pregunta que se niega en términos teóricos-- los motiva a leer más que las preguntas técnicas sobre cómo leer, qué es una ironía o un encabalgamiento o cuán distante está la literatura de la vida.

Otro de los puntos salientes a lo largo de los diferentes ensayos que se reúnen en el libro está vinculado a un aspecto de la experiencia estética caracterizado a través de una familia de conceptos: la cercanía y una distancia mínima, cierta pasividad, el valor positivo de la vulnerabilidad, el tomar un riesgo, la apertura y el involucramiento con las palabras de otro. Si bien en varias ocasiones se liga esta experiencia a instancias afectivas y emocionales, su vínculo con aspectos intelectuales y sobre todo, con la racionalidad no se traza en los ensayos. Este es un punto, sin embargo, en el que las humanidades podrían intervenir para abrir un espacio en el que repensar una esfera pública dominada exclusivamente por la razón, definida en términos estrechos que excluyen a las emociones, los afectos y la imaginación como fuerzas ciegas e irracionales. Aquí, las humanidades podrían avanzar el trabajo de las feministas, la teoría crítica de la raza y las sexualidades disidentes o *queer*, para ampliar la tonalidad, la retórica y la dinámica de voces que pueden ser escuchadas en la esfera pública y modulan sus contornos.

Después de todo, esta serie de teóricos no por casualidad se habían volcado hacia las humanidades y la literatura en primer lugar para hacer lugar a expresiones que no se adecuaban a la retórica excesivamente racionalista. Allí, la literatura y las humanidades funcionaron, en las palabras de Jonathan Lear, para “hacer robusta una posibilidad imaginativa” que luego tenga “la fuerza de una necesidad práctica”.-